



Han, B. *La expulsión de lo distinto*. Ed. Herder, Barcelona. 2017. 123 páginas

Byung-Chul Han es un conocido filósofo coreano que recibió su formación filosófica en Alemania, en concreto en la Universidad de Friburgo. Además, estudió Literatura alemana y Teología en Múnich. Actualmente es profesor de Filosofía y Estudios culturales en la Universidad de las Artes de Berlín. Asimismo, es autor de varios libros sobre la actualidad, entre los cuales cabe destacar el que aquí nos atañe, *La expulsión de lo distinto*.

“Los tiempos en los que existía el otro se han ido.” Con esta contundencia comienza Byung-Chul Han esta obra, en la que defiende que esto ha sido provocado porque la negatividad de lo otro deja paso a la positividad de lo igual, que viene dado por un exceso de comunicación y consumo y cuyo mayor signo es la depresión (entendiendo por tal una presión destructiva que proviene del interior). Un sistema que expulsa lo distinto, defiende el autor surcoreano, desarrolla rasgos puramente autodestructivos.

Comenzando por el problema de la información y del conocimiento, defiende que actualmente nos informamos sin conocer; por tanto, esta tormenta digital provoca la impasibilidad en el sujeto que la recibe.

Siguiendo el orden de la obra, el autor sentencia que a la globalización le es inherente una violencia que hace que todo resulte igual; o, dicho de otro modo, destruye esa negatividad de lo distinto. El terrorismo que engendra la globalización es lo que Han entiende como el terror del singular enfrentándose al terror de lo global. Con este fenómeno bélico, la muerte irrumpe abruptamente en el sistema en el que la vida es concebida solo como producción y rendimiento. Aquello, asimismo, que los potencia al máximo no es la opresión, sino la explotación de la libertad.

Además, reflexiona sobre la concepción de la “autenticidad” actual: hoy en día se habla mucho de ella, presentada como emancipación; es decir, haberse liberado de pautas de expresión y de conducta pre-configuradas e impuestas desde fuera. Una consecuencia es la intensificación de la referencia narcisista, este imperativo fuerza al yo a producirse a sí mismo: el yo se ofrece como mercancía. En esta voluntad de ser distinto que los demás persiste lo igual. Pero no podemos confundir narcisismo con amor propio: mientras que el segundo permite el amor al prójimo, el primero no, pues crea una fuerte adicción a las redes sociales y a la necesidad de ser valorado mediante las fotografías.

Un sentimiento determinante en este nuevo tipo de sociedad es el miedo, suscitado en primer lugar por lo extraño; es decir, presupone la negatividad de aquello que es completamente distinto. Acudimos a Heidegger y a la estrecha vinculación que guarda este sentimiento con la muerte, siendo esta una posibilidad privilegiada de ser. En los tiempos actuales, que aspiran a eliminar de la vida toda negatividad, también enmudece la muerte, se la ha privado de todo lenguaje; pues, simplemente, significa el cese de producción. Sin embargo, la producción destruye la verdadera

vitalidad. Cuando se niega la muerte en favor de la vida, la propia vida se convierte en algo destructivo. Aquí también podemos apreciar la dialéctica de la violencia: la negatividad es vivificante. El terror, el miedo no solo emana de lo negativo, también de lo positivo; pero, también, se produce en el umbral. El umbral, por consiguiente, es el tránsito a lo desconocido; el umbral como lugar de transformación duele.

Con internet hemos dejado de ser el “homo doloris” que habita umbrales, nos hemos convertido en continuos turistas. Éstos carecen de experiencias transformadoras, no sienten dolor: se mantienen indiferentes. La comunicación digital elimina toda distancia, y precisamente por ello, perdemos cierta suerte de protección. Nosotros solo somos pasajes en medio de la interconexión global: las redes digitales nos penetran y nos perforan. En el infierno de lo igual no falta el miedo, lo terrorífico es esa embriaguez causante de lo igual y que cada vez se vuelve más intensa.

La diferencia entre el lenguaje físico y el digital es que al otro lado de la reja lingüística hay un tú, mientras que en la digital no; ese tú preserva la proximidad de la lejanía. La hiper-comunicación, por el contrario, destruye tanto al tú como a la propia lejanía: las relaciones ya no existen, ahora se dan conexiones. Hoy está surgiendo una nueva forma de alienación: una alienación de sí mismo. En el momento en el que el sujeto se siente forzado a aportar rendimiento, se está percibiendo como un objeto funcional que hay que optimizar: al final uno ya no siente su propio cuerpo.

Este orden digital causa una creciente descorporalización del mundo, elimina los cuerpos que se nos contraponen. La razón puede residir en que, con la comunicación digital, se pierden los medios por los que se manifiesta lo totalmente distinto: la mirada y la voz. Sin embargo, las relaciones que se producen mediante ambas son corporales.

Para Han, es este entramado de comunicación digital aquello que imposibilita el tiempo de lo distinto (mencionado en contraposición con el arte). El poema, por ejemplo, busca la conversación con el otro; por el contrario, el sujeto que se ve forzado a ser meramente eficiente, se desvincula del otro. Lo distinto, por lo tanto, queda sometido a la utilidad. Son las sociedades neoliberales las que promueven el ego con vistas a la productividad, por lo que es preciso, para el autor, re-interpretar a vida partiendo del otro; desde una ética que le otorgue prioridad. Para lo cual es necesario escuchar.

Esta acción no es pasiva, sino que se caracteriza por una actividad peculiar que, de hecho, comienza por dar la bienvenida al otro, afirmarle en su alteridad. Después reside en un “dar”. Este don se ofrece convirtiéndose en el oyente, es un espacio liberador del que habla. La principal diferencia reside en esto, puesto que la comunicación digital no entabla ninguna relación; más bien, tan solo, una conexión.

Para finalizar, Byung-Chul Han se basa en la obra *Momo*, de Michael Ende, como el ejemplo de “oyente” pues, lo que ofrece la protagonista de la obra, no es otra cosa que tiempo. Por ello, lo que el autor propone es una revolución temporal cuya finalidad sea descubrir el tiempo del otro. Además, según su tesis, la actual crisis no es debida a la mera aceleración, sino por la totalización del tiempo del yo. El tiempo del otro no se supedita a la lógica de la producción, ni nos aísla ni individualiza; pero sí crea comunidad. Por eso, precisamente, es un tiempo bueno.

Diego Solera
Universidad Complutense de Madrid
dsoler01@ucm.es